

7º Capítulo del Abad General OCist para el CFM - 02.09.2013

Hay otro aspecto de la obra de Dios que los Salmos ponen de relieve: es el aspecto de la totalidad y unidad de la creación dentro de su multiplicidad.

A menudo, el salmista expresa su asombro por la inmensidad de las criaturas de Dios, y por el hecho de que Él crea todas las cosas. Todas las criaturas tienen solo a Dios como creador, todas son obra de sus manos. Lo hemos visto ya en el salmo 103: “¡Cuántas son tus obras, Señor! Y todas las hiciste con sabiduría; la tierra está llena de tus criaturas” (103,24).

Pero una expresión aparece varias veces para describir esta totalidad: Dios ha creado “cielo y tierra”, es decir, la totalidad de la realidad de la que el hombre tiene experiencia o que puede intuir. Es la expresión que aparece en el Credo para decir quién es y qué hace Dios Padre todopoderoso: “Creo en Dios, Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible e invisible”.

Os cito solamente algunos ejemplos de los Salmos: “Al principio cimentaste la tierra, y el cielo es obra de tus manos” (Sal 101,26).

Con una expresión de bendición aparece en 4 salmos: “¡Benditos seáis del Señor, que hizo el cielo y la tierra!” (113b,15). “El auxilio me viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra” (120,2). “Nuestro auxilio es el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra” (123,8). “El Señor te bendiga desde Sión, el que hizo cielo y la tierra” (133,3).

Aún se habla de la creación del cielo y de la tierra en el salmo 135: “Solo él hizo grandes maravillas: porque es eterna su misericordia. Él hizo sabiamente los cielos: porque es eterna su misericordia. Él afianzó sobre las aguas la tierra: porque es eterna su misericordia” (135,4-6).

Para el salmista, hablar del cielo y de la tierra significa, como decía, mencionar toda la creación, y mencionarla como totalidad que comprende y armoniza también lo que parece opuesto, en contraste. El cielo no es la tierra y la tierra no es el cielo. Pero ambos están “hechos” por el Señor, tienen el mismo origen en el Creador. En la obra de Dios, lo que se opone se armoniza, y la armonía es la obra de Dios escondida y revelada en las criaturas.

Los salmos parecen divertirse haciendo notar que Dios crea contrastes: “Tuyo es el día, tuya es la noche, tú colocaste la luna y el sol; tú plantaste los linderos del orbe, tú formaste el verano y el invierno” (73,16-17).

“Tuyo es el cielo, tuya es la tierra, tú cimentaste el orbe y cuanto contiene; tú has creado el norte y el sur, el Tabor y el Hermón aclaman tu nombre” (88,12-13).

Dios ha creado la totalidad incluso de lo que se opone, o que está en tensión, y este contraste, esta tensión, es quizá un secreto de la belleza del universo, porque la diferencia pone de relieve la unidad de la obra de Dios que hace cada cosa. Dios crea también las relaciones entre las criaturas, crea el paso de la noche al día, entre el verano y el invierno, la tensión entre el norte y el sur, el alternarse de la luna y el sol.

Todo esto crea asombro, maravilla y, sobre todo, adoración de Dios mismo: “Porque tus acciones, Señor, son mi alegría y mi júbilo las obras de tus manos. ¡Qué magníficas son tus obras, Señor, qué profundos tus diseños!” (Sal 91,5-6).

La belleza de las criaturas está toda en Dios que las hace. Los Salmos no caen jamás en el panteísmo, en el divinizar las criaturas, y esto nos permite contemplar las criaturas y gozar de ellas, en la verdad de saber que son pasajeras. Porque son creadas, las criaturas no son eternas. Proviene, pasan. Solo Dios permanece para siempre, y las criaturas a las que Él da la eternidad. Como lo expresa el salmo 101: “Al principio cimentaste la tierra, y el cielo es obra de tus manos; ellos perecerán, tú permaneces, se gastarán como la ropa, serán como un vestido que se muda. Tú, en cambio, eres siempre el mismo, y tus años no se acabarán.” (101,26-28)

Esto quiere decir que si se pierde la referencia a Dios que actúa, su obra pierde a nuestros ojos toda real belleza, y no queda más que la melancolía romántica que ve las cosas desvanecerse en la nada. Sin embargo, quien no pierde la referencia constante y ontológica de las criaturas con el Creador, posee como la clave de una belleza y de una maravilla que no se desvanece, que se renueva siempre, que no teme el acabarse de las cosas. El mensaje pasa, cambia, varía, pero Aquél que nos habla a través de sus obras no pasa jamás, no nos abandona.

Pero hay otro aspecto que no debemos perder de vista al contemplar las obras creadas por Dios, y que los Salmos nos ayudan a descubrir. Es el aspecto de la obediencia de las criaturas a su Creador. El salmista contempla todas las criaturas y se asombra de cómo toda criatura obedece a un diseño preciso. Me limito a citar el salmo 148: “Alabadlo, espacios celestes, y aguas que cuelgan en el cielo. Alaben el nombre del Señor, porque él lo mandó, y existieron; les dio consistencia perpetua, y una ley que no pasará. Alabad al Señor en la tierra, cetáceos y abismos del mar; rayos, granizo, nieve y bruma, viento huracanado que cumple sus órdenes” (148,4-8).

Las criaturas obedecen al diseño del Señor. Esto es algo que me ha impresionado cuando paseaba por las montañas suizas, en medio de los prados. En verano todo es un hormigueo de insectos, de hierbas y flores, de pájaros, etc. Y cada criatura, si la observamos, cumple con su deber, hace aquello para lo que ha sido creada. Incluso las moscas hacen aquello para lo que han sido creadas. Y también las piedras, en su inmovilidad, en realidad, obedecen con más tenacidad a su estructura física, lo que comporta una extraordinaria actividad de partículas atómicas, ¡que dura millones de años!

Ciertamente, todas estas criaturas no tienen la libertad de no obedecer al diseño de Dios, pero su “obediencia” es un signo para nosotros que hemos recibido esta libertad y debemos ejercitarla. Porque el conjunto de las obras privadas de libertad crea una armonía de belleza que deja transparentar la belleza y bondad

del Creador. De este modo, nos mueven a aceptar con nuestra libertad la armonía y belleza a las que el designio de Dios nos ha predestinado, una armonía en la que la libertad coopera con la obra de Dios y refleja el amor de la misma. Pero esto lo veremos mañana en el segundo nivel de la obra de Dios que los Salmos nos enseñan: el de la historia de la salvación.

Pero es importante no olvidar el primer nivel, el nivel de la obra de Dios en la creación, porque, como hemos visto, nos permite una relación positiva y grata con la realidad, con toda la realidad, que se convierte para nosotros en un anuncio constante y siempre nuevo de la bondad y grandeza del Creador. Solo una relación con la creación que escucha el mensaje de Dios inscrito en la misma, nos permite respetar de verdad la creación, y también descansar en ella. La belleza no se encuentra tanto en la superficie de las cosas, sino en aquel mensaje de amor que, a través de las criaturas, Dios dirige a nuestro corazón. Una persona que no está abierta a Dios y a los hermanos, no puede verdaderamente ver y gustar la belleza de la naturaleza, porque para él la creación es como una letra muerta, un documento en quien nadie le habla.

Este nivel de la relación con la obra de Dios parece muy “atrofiada” hoy en día, porque muchos niños y jóvenes no son educados para mirar y escuchar la realidad, la naturaleza, como mensaje de Otro, como señal de Uno que te quiere bien y te escribe una inmensa carta de amor, una carta cósmica que va desde el átomo a las galaxias, y que no acabaremos nunca de leer.

Así pues, cuando san Benito habla de la liturgia como “obra de Dios”, debemos entender que comprende también este nivel creacional de la obra de Dios, de igual modo que los Salmos nos educan a percibirlo, a escucharlo, a contemplarlo.

Pero hay también otros niveles que veremos desde mañana.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist